

For characters and scenario: 'Star Trek: Voyager' is a registered trademark of **Paramount Pictures**. I intend no copyright infringement. This is a fanfiction story and no commercial use is made of it.

For the original parts: Copyright © by Simon Brenncke 2013. All rights reserved.

<http://regcertificates.1x.de/SafeCreativeCertificate%20for%20La%20Prueba%20Segunda%20Parte.pdf>

Star Trek Voyager

La Prueba

Segunda Parte

1

Para el Alto Mando, al pesar que ya había escogido Seven como enlace para entrar en contacto, se anunció como una gran sorpresa el hecho de que eran los borg que trataron los primeros de establecer el contacto. Era necesario para La Federación entablar negociaciones con estos enemigos, porque todavía no estaba preparada a una lucha; pero a los borg, en su posición superior, no hacía falta entrar en discusiones. Sin embargo, el objetivo de estos borg quedaba todavía oscuro. Además de no haber mostrado señales agresivas, ahora exprimían el deseo de comunicarse con los que no podían considerarse sino como su presa.

Las sondas de la Federación, repetidas veces enviadas en el yermo, captaron la señal solicitando que se hiciera un encuentro. Todos, por cierto, sospechaban que había una trampa. El encuentro debía efectuarse en persona y los borg mismos propusieron el enlace: Seven of Nine.

El grupo alrededor del almirante Stoner no parecía prestar atención al mensaje de los borg y trató de reunir la Flota lo antes posible. Además, todos sabían que detrás de sus indagaciones oficiales, Stoner activaba sus recursos personales y los de sus colaboradores. El hombre tramaba la guerra y Bowers y otros suponían que intervendría incluso sin el permiso del Alto Mando. Pero, según la evaluación de Bowers, no era a contar con una intervención del grupo Stoner antes de bastante tiempo.

Bowers, Paris y otros tampoco quisieron responder al mensaje borg y de entregarles Seven of Nine. No quisieron sacrificar así, sin más ni menos, la única persona que efectivamente podía servirlos de enlace y quien quizás, por una razón completamente desconocida, ponía freno a la belicosidad habitual de los borg.

Y quedaba el plan trazado por la sección 31, y apoyado enérgicamente por el almirante Janeway.

La Voyager se adentraría en el yermo. Ciertamente no sería atacada, pues era lógico que intentara acercarse a la armada borg, para preparar, más adelante, el encuentro diplomático solicitado por los borg. Al menos, Janeway argumentaba que los borg se explicarían así la presencia de la Voyager en el yermo. A continuación, la Delta Flyer, protegida por su camuflaje, se acoplaría a uno de los cubos menores. Y a partir de este momento se atendería al plan de la sección.

El equipo de esta misión debía ser muy reducido y componerse de combatientes irreprochables.

Vaught formaría parte del equipo, Tuvok se propuso también con aprobación de la sección, y, después, por el asombro de todos, fue Seven of Nine quien insistió en unirse a la misión. Finalmente, la sección y el Alto Mando le acordaron el ruego, la sección por sus motivos impenetrables, y el Alto Mando, como Janeway sospechaba, para pacificar los borg con el sacrificio de Seven si lograrían detectar el equipo. De este modo, Seven no serviría más de enlace, sería sacrificada, pero su sacrificio, para la Federación, no sería en vano, y quizás vendría a propósito.

Janeway adivinó el tal razonamiento de los demás almirantes, y rugía interiormente, pero luego se calmó y apoyó ella misma la petición de Seven – porque sabía que Seven debía pasar su prueba, y esta prueba consistirá en el enfrentamiento a los borg, y en la exploración de las partes de su personalidad que aún quedaban influenciadas por los rasgos borg.

Harry Kim fue apuntado para acompañar el grupo, ayudar en el vuelo de la Delta Flyer y mantener una posición más o menos segura dentro del cubo, a la cual el pequeño equipo podría retroceder en caso de necesidad.

En efecto, el grupo consiguió sin problemas aproximarse al cubo que habían escogido para llevar la misión a cabo. Se hallaba dentro de una especie de claro en el yermo, donde las borrascas de energía, habitual por el yermo, eran mucho menos frecuentes. La maniobra de introducir la lanzadera en el cubo se efectuó sin tropiezos. Aun después de su larga experiencia con la técnica de camuflaje del Flyer, Seven no dejaba de admirar el genio de sus padres, quienes habían concebido esta técnica muy poderosa para esconderse de los borg.

Ella y sus dos compañeros estaban a punto de vestir los trajes de oxígeno y de gravedad cero, cuando Kim les advirtió de que no necesitaban de los trajes, pues la atmósfera era respirable y la gravedad adecuada. Todos se miraron con un asomo de inquietud. Parecía como si se esperara a ellos, y como si los borg les habían facilitado la entrada.

“Podemos quitarnos los trajes” sugirió Tuvok. “Si realmente nos esperan, ya estamos en la trampa y los trajes no nos protegerán.”

Todos asintieron. Seven se quitó el peso del traje por encima. Salió por la compuerta del Flyer y observó el corredor. Los borg efectuaban las tareas que levaban programadas en su cerebro. Por el momento, ninguno se percató de la presencia extranjera entre ellos.

Vaught salió de la lanzadera detrás de Seven. Para ella no era claro qué pensar de este hombre, aunque sabía muy bien que le debía su libertad cuando había sido la prisionera del almirante Stoner. Pero según los informes, la sección 31 no se creía obligada a respetar los principios morales de la Federación. En manos de Stoner, Seven había experimentado como podían comportarse los humanos que se creían por encima de la moral. Para ella Vaught permanecía un hombre muy ambiguo. No podía confiar en él.

Detrás de Vaught, Tuvok salió de la lanzadera. En realidad, Seven estaba muy agradecida de tener tan cerca la fría lógica del vulcaniano. Ya temía que sus sentimientos la confundirían. No fue la primera vez que le parecía demasiado osada su idea de hacerse extraer el implante neuronal borg, para desarrollar sus emociones más auténticamente. Había pedido al Doctor que le quitase el implante y ahora estuvo a punto de arrepentirse una vez más de esta decisión. Ya su control sobre sí mismo comenzaba a aflojarse. Muchas sensaciones inquietantes asaltaban su corazón.

Seven se paró y miró con detenimiento a todos los lados. Fue Tuvok quien se puso al frente de la expedición. Señaló a sus dos compañeros de seguirlo. Alzó el tricorder que les enseñaba la dirección que debían tomar. El aire parecía vibrar con los pasos pesados y metálicos de los borg. Cada movimiento de esos seres causaba un sonido desagradable, la carne y los huesos chirriando contra el metal. Los ojos carentes de voluntad daban vueltas en sus órbitas. Nunca Seven sería capaz de acostumbrarse a la vista de esos seres, la vista como ella había sido antes. Los drones se

acercaban a los paneles y los tubos salían de sus muñones. Un chillido surgía de los paneles, el intercambio de sistemas de la computadora y de los borg se efectuaba.

Quedaban aún cuatro niveles a subir. No había sido posible arrimar la lanzadera a un nivel más alto, de manera que un largo camino se extendía delante de ellos.

Tuvok llevó el grupo dentro de un pasillo pequeño. “Es un atajo” dijo a Seven cuando ella se acercó a sus espaldas

Seven miró dentro del pasillo. No pudo determinar una razón exacta, pero sintió que sería peligroso arriesgarse allí adentro.

Tuvok notó que ella no estaba de acuerdo. Arqueó una ceja, para pedirle una explicación. “Parece sumamente razonable a mí terminar con esta misión lo antes posible. No tomar por el atajo nos costaría mucho tiempo.”

Unas imágenes confusas cruzaron por la mente de Seven. No creía en un sexto sentido, como esta idea no era más que una de las invenciones humanas para buscar una razón por todo que no podía explicarse. Pero, fuese como fuese, sentía que un peligro les amenazaba.

“¿Ocurre algo?” Vaught apareció detrás de ellos. Se había asegurado que no fuesen perseguidos. “Todavía los borg están inconscientes de nuestra presencia aquí. Creo que debemos agradecer su trabajo a nuestros ingenieros.”

Seven interpretó literalmente su comentario. “Es la primera cosa que vamos a hacer cuando salgamos de aquí.”

Vaught sonrió levemente. Pero al mismo instante, señaló el corredor delante de ellos con un gesto de la mano. “Me inspira poca confianza.”

“Es curioso,” murmuró Seven entre dientes, “me da la misma impresión.”

“Es el camino más rápido para llevarnos al nivel que queremos alcanzar,” apuntó Tuvok con su frialdad habitual.

Vaught se encogió de hombros. “Si es así, ¡adelante!”

Seven pareció todavía hesitar, pero debía reconocer ante sí misma que su comportamiento era bastante ilógico. Finalmente dijo: “Pues, ¡adelante!”

Tuvok se adentró en el pasadizo. Con el phaser en la mano, apuntó en una dirección, luego en otra. Seven lo siguió muy de cerca, cubriendo las direcciones que su compañero no pudo cubrir a la vez. Vaught, tras sus espaldas, hizo lo que juzgaba adecuado, pero ella no dudaba que sabía cumplir su tarea perfectamente.

A ambos lados, unos tubos se desprendían de las paredes. Sus cabos destacaban en el aire, aparentemente sin uso alguno. Seven se extrañó de esto. Los tubos abandonados, sin usanza, no cabían con la eficacia de los borg.

De repente, le pareció a Seven que la luz en el pasillo se ensombreció. La luminosidad verde que siempre reinaba dentro de un cubo borg se volvió demasiado oscura. Seven creó percatarse la primera del efecto, porque Tuvok avanzaba todavía sin mostrar de haber registrado un cambio.

Seven se detuvo. Sintió el deseo irracional de gritar. Vaught creó que, con pararse, quería sugerir un cambio de posición, pues se adelantó a ella e hizo un gesto aprobador de la mano. Se fue en pos de Tuvok.

Seven miró en su derredor. Creó ver un movimiento dentro de los tubos. Un mareo comenzó a apoderarse de ella y clavarla en su sitio. Y de verdad, los tubos se desenredaron lentamente de su enmarañamiento. Dejaron a la vista la silueta de una puerta.

Así, al lado de Seven, la pared se abrió. Tuvok et Vaught no habían visto esta puerta secreta cuando la habían pasado. Estaba bien ocultada entre todas las partes metálicas que descubrían las

paredes.

Los borg salieron de la puerta e invadieron el pasillo estrecho. Con sus brazos apuntaron Tuvok y Vaught y abrieron fuego. Estallidos luminosos manaron de sus muñones. Los dos hombres no pudieron afrontarse a tal ofensiva. Se retiraron, forzados por la necesidad. Pero así se apartaron más y más de Seven. Los borg defendieron la parte del corredor entre los compañeros separados.

Cuando los tubos comenzaron a cobrar vida, Seven no reaccionó de inmediato. Se sintió como paralizada. Los tubos se acercaron a ella y no hizo ningún esfuerzo para esquivarlos. Se quedó desconcertada. Los tubos se aferraron a sus muñecas. Cuando por fin luchó para deshacerse de ellos, ya sus fuerzas no bastaban. Se imaginaba confusamente ser de nuevo la pequeña Annika que tambaleaba asustada a través de aquellos pasillos que resonaban de pesadas botas metálicas. Los recuerdos se intensificaban y amenazaban con suprimir su consciencia del mundo presente. Su pasado la sujetaba como una fuerza física.

Entre tanto, los borg habían invadido el corredor. Seven cayó presa a los drones. Uno de ellos se colocó delante de ella y levantó el brazo. De la muñeca abierta salió un hilo metálico que avanzó centímetro por centímetro hasta su cuello. Las emociones incontroladas bullían en su interior. Quería rebelarse, pero no pudo. Cuando el alambre metálico percató su piel, todo se volvió oscuro.

“¡Hemos caído en una trampa!” exclamó Vaught. Hizo fuego con el phaser. Algunos de los drones se derrumbaron bajo los impactos de la energía. Ya muchos cuerpos metálicos yacían al suelo. Pero, de repente, el fuego de Vaught fue absorvido por los cuerpos borg. El hombre echó pestes. Los borg se habían adaptado a la frecuencia del phaser. Sus escudos ya no permitirían que los rayos de los dos hombres los hiciesen daño.

“Debemos salvarnos,” constató Tuvok. Lanzó un vistazo de lástima al corredor, pero no pudo divisar Seven detrás de la masa borg que avanzaba sobre ellos.

El rostro de Vaught se endureció. “Los borg sabían que vendríamos. Hay una fuga en los canales de información.”

“Pienso lo mismo,” asintió Tuvok. Sus ojos buscaron una salida entre los pasadizos que se abrían delante de ellos. “Pero en este momento, no podemos investigar ni remediar la situación. Es preciso terminar con la misión.”

Vaught sujetó su phaser a su cinturón. Su cara se contrajo en una máscara de piedra, una máscara de determinación pura.

Tuvok miró su tricorder. “Sé como llegar a la sala.”

Y dicho esto, se lanzó a la derecha en un corredor casi oscuro. Menos de un segundo después, un rayo de energía cruzó el lugar donde había estado. Vaught saltó también dentro del corredor para salvarse.

Para ambos fue muy difícil aceptarlo, pero habían perdido a Seven de vista. Solamente podían esperar que no la habían perdido de todo.

2

Tuvok et Vaught luchaban para alcanzar el nivel donde se encontraba la computadora principal.

Estudiando su tricorder, el volcánico se dio cuenta que la suerte los ayudaba considerablemente. La red de corredores dentro del cubo tenía una forma tal que ellos se hallaban en un punto desde donde podían emprender un camino aislado para aproximarse a la computadora. Además, era evidente que los borg habían calculado con hacerlos sus prisioneros al primer contacto. No parecían haber contado con la huida de sus presos.

“Esto es difícil de entender,” comentó Tuvok. “Uno esperaría que tomen precauciones, porque obviamente estaban informados de antemano de nuestra llegada. Pero prácticamente nos han dejado el camino libre.”

“Sí,” asintió Vaught. “Deben haber contado con capturarnos desde el principio, de otra manera los corredores no estarían tan despejados.”

Así, aunque el progreso de los dos combatientes fue complicado y penoso, lo fue mucho menos de lo que habían esperado.

“Espero que no caigamos en otra trampa.” Vaught parecía poseído de sospechas lúgubres.

Pero Tuvok negó con la cabeza. “Si los borg quieren captar a la gente, lo hacen de inmediato. No son manipuladores, son eficientes. No pierden su tiempo con dejar correr alguien como una rata dentro de un laberinto por el placer de verlo correr.”

El rostro de Vaught se encubrió de sombras. “Quizás nos hallamos en las manos de unos borg muy especiales.”

“¿Sospecha algo?” preguntó Tuvok. Fijó su mirada en Vaught.

Pero el hombre optó por involucrarse en sus misterios profesionales. “Las fuentes de información están todavía indecisas sobre este punto.”

Tuvok quiso contestarlo, pero antes de abrir su boca, una tropa de borg irrumpió en el pasillo. Comenzaron con el ataque. Faltó poco que un rayo quemara una de las orejas puntiagudas del vulcaniano. De nuevo los dos hombres se echaron a correr, sin tomar aliento para una sola palabra.

Tuvok y Vaught se aproximaban progresivamente al nivel de la computadora central. De vez en cuando los borg los asaltaban desde los pasadizos laterales. Debían esquivar los rayos de phaser que los perseguían. Pero su suerte algo extraño no les abandonaba. Nunca los borg les obstruían el camino por el cual tomaban.

“Debe ser la causa la forma de construcción de la red de corredores”, murmuró Tuvok, apenas audible, como para espantar sus propias dudas. Sus pensamientos volvieron a Seven. Claramente, ella había sido el objetivo del ataque borg, la presa que debía caer en su trampa. Aun mientras él corría por su vida, aun mientras todo su cuerpo se atormentaba para huir de sus perseguidores, la mente de Tuvok buscaba una razón por el precio que los borg atribuían al cautiverio de Seven. ¿Por qué ella? Los borg no tenían emociones primitivas. No conocían el motivo de la venganza. No anhelaban más el integrar Seven en el colectivo que cualquier persona de alta posición de la flota estelar. ¿Para qué servía esta acción concertada contra Seven?

Finalmente, Tuvok y Vaught se hallaron frente a la puerta que debía dar a la sala de la computadora. Tuvok sacó su escáner de su chaleco y comenzó a escanear las frecuencias. Pero los borg no le dejaron tiempo. Los rayos de sus armas ya chocaron contra la pared al lado del vulcaniano. El metal se quemó y las hilas eléctricas saltaron. Destellos cegadores estallaron. Un rayo pasó tan cerca de la cabeza de Tuvok que pudo sentir la quemazón de la emisión phaser en su piel.

“A mí no me parece tanto que nos dejen el camino libre,” constató Tuvok.

“Dejemos la cuestión por el instante,” comentó Vaught algo seco. Con la fuerza de sus brazos, arrancó una pieza de la pared que había soltado bajo los impactos phaser. Manió la pieza como un garrote. Saltó rápidamente en adelante y dio fuertes golpes a los borg que se asomaron detrás del rincón del corredor. Pero no pudo detener más que algunos. Pronto se vio forzado de saltar atrás para abrigarse cerca de la puerta. Sin embargo, un disparó rozó su brazo izquierdo. La mancha de su camisa se empapó de rojo.

Tuvok lanzó una ojeada a su compañero. “Está herido,” observó tranquilamente. “¿Necesita ayuda?”

“Abra esta puerta, por favor.” Vaught parecía a punto de enfadarse. Evidentemente, para él los comentarios de fría lógica del vulcaniano estaban fuera de lugar en su situación actual.

Tuvok empujó contra la puerta y añadió: “Abierta está.” La puerta se deslizó delante de ellos.

Tal como en los corredores, en la sala de la computadora se hallaban solamente pocos de los borg, los drones técnicos que estaban asignados al mantenimiento de los sistemas.

Al momento que la puerta se abría, los rayos de phaser los saludaron desde adentro.

Con el garrote de metal en la mano derecha, Vaught golpeó a todos lados. Actuó con una rapidez asombrosa. Los dos combatientes ganaron un momento de sorpresa. Así pudieron franquear el muro de borg que se había erigido ante ellos. Tuvok ayudó al hombre de la sección 31 con sus habilidades de combate a mano. Abatió algunos y los puso fuera de combate. Los borg comenzaban a sembrar el suelo con los miembros torcidos, presentando el aspecto de unas arañas metálicas con piernas enflaquecidas.

El vulcaniano cerró apresuradamente la puerta por la cual habían entrado. Luego dijo tranquilamente: “Ahora toca a usted buscar la información en la computadora. Le apañaré.”

Vaught tiró el garrote y Tuvok lo cogió. Inmediatamente, giró sobre sus talones y arrebató un borg que ya se levantaba de nuevo.

Vaught se detuvo delante de una pantalla. Estudió los signos que aparecían en la consola. Sacó una pequeña tarjeta de datos de un pliegue de su camisa y lo introdujo en una fuente de la consola.

Pronto unas columnas de números se mezclaron con los signos en la pantalla. Vaught observó detenidamente el desfile de números. Hizo volar los dedos de su mano intacto sobre el teclado de la consola.

Tuvok seguía luchando contra los borg. No dejaban de levantarse trabajosamente del suelo y de poner los dos hombres en el punto de mira de sus brazos extendidos.

Con un golpe fuerte del garrote improvisado, Tuvok desvió un brazo que se había girado en dirección de Vaught. Así el mortífero rayo verde no dio en el blanco. Chocó contra una pantalla que estalló en mil pedazos volando de todas partes. Un pedazo alcanzó el rostro de Tuvok. Gotas de sangre verde brotaron del desgarró en la piel. Al mismo tiempo un rayo hirió su hombro. Debíó dejar caer el garrote al suelo.

“Es el momento adecuado para terminar, señor Vaught,” advirtió el vulcaniano con su sequedad habitual.

En efecto, Vaught sacó la tarjeta de datos de la computadora y la deslizó en el repliegue de su camisa.

“Esto debe bastar.” Vaught se retiró de la consola. En un abrir y cerrar de ojos, derribó un borg detrás de él que se levantaba tambaleando. “Huyamos,” instó el agente de la sección 31. Buscó con la mirada una salida libre. Pero, exasperado, sacudió la cabeza. Debido a los mecanismos de seguridad, todas las puertas se habían cerrado al momento de su entrada. Desperdiciarían demasiado tiempo en atacarse a las cerraduras. La única puerta que podían controlar era la misma que habían

bloqueado ante sus perseguidores borg. Y los chirridos que provenían de la puerta daban a entender que en pocos segundos tendrían compañía.

Según las apariencias no les era posible salir del apuro.

“¿Puede usted contactar el Delta Flyer desde aquí?” preguntó Vaught.

Tuvok pulsó unos botones de su tricorder. Echó un vistazo sobre las frecuencias que no estaban bloqueadas. “En efecto, parece que puedo abrir un canal.”

Acabando de decir esto, la puerta que había cerrado estalló. Los pedazos de metal se esparcieron hasta la mitad de la sala.

Tuvok logró establecer un canal de comunicación con el Delta Flyer. “Kim, sáquenos de aquí,” dijo en el aparato. Su voz no cambiaba de timbre, se expresaba con suma tranquilidad, a pesar de la avalancha de los borg que se derramaba desde la puerta destrozada.

Los primeros haces verdes estallaron alrededor de los dos hombres. Pero antes que el fuego concentrado los enterrara por completo, sus cuerpos se desvanecieron del lugar donde se habían encontrado.

Sus cuerpos cobraron de nuevo sustancia dentro del Flyer. De inmediato Tuvok informó: “Hemos perdido a Seven. ¿Puede detectar su señal de vida?”

“He estado buscando su señal todo el tiempo,” exclamó Kim. Perlas de sudor brotaban en su frente. “Su señal se ha perdido de un instante al otro de nuestros sensores.”

Vaught frunció el entrecejo. “Es raro que no podamos localizarla. Los sensores son calibrados sobre su frecuencia biológica distinta.”

“Si hubiera fallecido, su señal se habría apagado poco a poco,” concluyó Tuvok.

Kim fijó una mirada poco amistosa en él. “Por favor, no me hable de su muerte.”

Tuvok negó con la cabeza. “Estoy hablando de su vida. Es reconfortante.”

Kim marmulló entre dientes: “Gracias por sus palabras. Dan ánimo. Usted es un modelo de delicadeza.”

De costumbre, Kim nunca decía cosas tan sardónicas, pero el miedo por el bienestar de Seven alteró su carácter apacible y lo hizo olvidarse un poco. Giró de nuevo su cabeza hacia el terminal.

Tuvo un sobresalto. Pero no dijo nada, estuvo abismado en lo que vio en la pantalla. Rápidamente sus dedos volaron sobre los botones.

Para el gran asombro de Tuvok y de Vaught, una columna parpadeante brilló delante de ellos. La forma de Seven se cristalizó dentro de la lanzadera. Kim se precipitó sobre ella y ella cayó en sus brazos.

Tuvok, entre tanto, se acercó a una consola y ajustó el rumbo hacia el lugar de encuentro con la Voyager. El Delta Flyer se puso en marcha. Vaught se apoyó contra el respaldo de un sillón. La huida del cubo borg había dejado sus huellas en él. Desgarró una parte del tejido de su camisa, para vendar su brazo herido.

Tuvok, al contrario, no puso atención en su hombro mutilado, pero aun así quedaba patente que sus movimientos estaban ralentizados. Controlaba los sensores de la lanzadera para averiguar a tiempo si los borg se lanzaran sobre ellos. La tecnológica de ocultación de la lanzadera era bastante segura, pero todavía no se hallaban fuera de peligro.

Tuvok recelaba que los borg buscaran atraerlos por azar, lanzando rayos tractores a todas partes. En este caso, el Delta Flyer correría el riesgo muy real de caer en uno de ellos. Pero por el asombro de Tuvok, los borg escogieron una otra opción, menos prometedora. Del cubo borg salieron filas de

pequeñas naves que se esparcieron en el espacio. Pero así el alcance de los borg era mucho más restringido.

“No es lógico,” dijo Tuvok simplemente.

Vaught se desprendió del sillón y se acercó a la consola. Asintió con la cabeza. “Es tan raro como los corredores despejados en el cubo.” Se frotó la mandíbula.

Tuvok, ante tales hechos, perdió su escepticismo por la teoría de la trampa.

Como si ellos se hubiesen concertado, las miradas de los dos hombres se pusieron al mismo instante sobre Seven.

Yacía todavía en brazos de Kim. Los esfuerzos para que recuperara conciencia tuvieron éxito. Sus párpados aletearon, un suspiro se exhaló de su boca y finalmente se abrieron sus ojos. Una expresión asustada se peinó sobre su rostro. Primero, quiso deshacerse del abrazo de Kim, pero enseguida se percató de donde se hallaba. Suspiró nuevamente, esta vez de alivio.

Vaught no perdió su tiempo con rodeos. “¿Qué ha pasado?” preguntó a Seven. Su voz sonaba duro.

Kim le lanzó una mirada acusadora, pero Vaught no lo hizo caso. No añadió nada y miró detenidamente la mujer rubia.

Ella parecía confrontarse a la misma cuestión. Parpadeó, se puso las manos sobre las mejillas y, finalmente, frotó con la mano su cuello, repetidas veces. Pero no hallaba lo que parecía buscar con angustia. Se alivió visiblemente. Sin embargo, no podía responder a la pregunta de Vaught. Se dirigió a él, diciendo claramente: “No sé qué ha pasado.”

De inmediato las sospechas tomaron posesión de la mente del hombre de la sección. “¿Sabe que es algo raro que desaparezca en poder de los borg y poco tiempo después, reaparezca, sin el más mínimo daño?”

Kim perdió paciencia. “¿Qué es lo que quiere insinuar?”

“La pregunta es justificada,” se interpuso Seven. “Me preocupa también. El doctor deberá examinarme de hito en hito. Puede ser que los borg hayan alterado mi estado corporal.”

Vaught pareció agudizar su mirada, clavada en ella, como si intentara penetrar al fondo de su alma.

Tuvok detectó lo ambiguo de esta mirada, la enemistad que se mezclaba en ella, y se apresuró a cerrar la discusión por el momento: “Debemos esperar el examen del doctor antes de juzgar del estado de Seven. Y no cabe ninguna duda que Seven aceptará los reconocimientos médicos necesarios.”

Vaught, a pesar que sus sospechas quedaban en pie, dio su acuerdo. “Concentrémonos en regresar a la Voyager,” sostuvo.

Kim había retomado su puesto a la consola. “Las naves borg no han tomado un trayecto que nos pondría en peligro. Propongo que nos atendamos al rumbo fijado.”

Tuvok estudió su pantalla silenciosamente. “No comparto su estimación. Un grupo de naves vuela cerca de nosotros. Hacen fuego de dispersión.”

“Sí,” afirmó Kim, después de un nuevo estudio de los datos. “El fuego se aproxima a nosotros.” Manipuló los controles. “Propongo un nuevo rumbo con estas coordenadas,” añadió con rapidez.

Al mismo instante, el propósito de Kim apareció en la pantalla de Tuvok. Después de reflexionar algunos segundos, asintió: “Buen trabajo, es el rumbo más seguro.”

Vaught desvió sus ojos penetrantes de la figura de Seven y contempló el trayecto previsto. “Sí, es

la alternativa más segura, pero queda un riesgo.”

Seven se había sentado en un sillón. Todavía respiraba hondamente. Fuese lo que fuese lo que había padecido en manos de los borg, había sido bastante para incapacitarla. Repetidas veces ponía una mano a su cabeza y lo sacudía, como si no tuviese otro medio para aclarar sus ideas.

De vez en cuando, Vaught alzaba una mirada penetrante sobre ella, pero su atención quedaba cautivada por la pantalla delante de Tuvok.

Los tres hombres se callaban, porque sabían lo que les esperaba. El primer choque no tardó en venir. Las ráfagas del fuego enemigo eran muy concentradas y aun el fuego dispersado hizo bastante daño.

Los rasgos del rostro de Vaught se endurecieron. “Parece, por lo que veo, que la tecnología borg es a presente mucho más fuerte que la sección supone.”

Tuvok arqueó una ceja. “En efecto, las bajas de los escudos son considerables.”

Kim dijo nerviosamente: “Sería difícil sostener un otro golpe. Pero todavía no pienso que sea necesario tomar por un otro rumbo.”

Vaught juntó sus manos detrás de sus espaldas y estiró el cuerpo. En esta posición aguardaba el resultado de la aventura con calma y deliberación. Exhibía la mina estoica que solía exhibir un vulcaniano, como si tuviera parentesco con esta raza.

Seven, por su parte, parecía demasiado ocupada con sí misma para comprender el peligro de la situación.

Kim balanceó sobre sus piernas delante de su consola. Su rostro era apretado, su boca formaba una línea recta, pero los otros partes de su cuerpo delataban su nerviosismo.

El Delta Flyer se había entregado a un juego de azar. Las formaciones de los borg se desplegaron en su derredor. Los dardos lanzaron su fuego al frente, atrás, a la izquierda y a la derecha. El Delta Flyer se halló casi en el centro de esta red de ataque.

Pero resultaba que tenían mucha suerte. Se hallaban prácticamente en el ángulo muerto de la formación borg: una serie de coordenadas fuera del alcance de los armas borg. Kim, continuando al timón, aseguró que se mantenían en el ángulo.

Después de un rato, los borg los dejaron atrás, continuando su busca ciega más adelante. El Delta Flyer recobró toda su libertad de movimiento y tomó el rumbo prevenido. Se alejó del cubo a máxima velocidad. Los flujos de energía del yermo resplandecían con más fuerza al horizonte a medida que se aproximaban a los límites del claro extraño.

Vaught exhaló violentamente. También había sufrido bajo la presión de esos momentos, y su fuerte resoplo lo demostró a todos. Casi andando a tientas, se aferró a un sillón y se dejó caer en él. Kim se enjugó la frente. Se paró su danza sobre sus piernas. Seguía observando atentamente la pantalla, pero no era más que un procedimiento estándar.

Tuvok se alejó de su consola y se sentó junto a Vaught. Seven se hallaba al otro lado del Flyer y no podía escuchar su conversación a media voz.

Vaught se atacó sin reparos a la cuestión pendiente. “Usted es el segundo al mando de la Voyager, señor Tuvok.”

“Estoy consciente de mi función a bordo,” repuso el vulcano algo seco.

“Estoy seguro que algo ha pasado con Seven en el cubo. Es increíble que haya conseguido escapar indemne de las garras de los borg. Los borg no la habrían dejado irse sin más ni menos.”

“Cree,” interpretó Tuvok, “que los borg, de una u otra manera, han alterado la mente de Seven of

Nine. Cree que ahora se ha convertido en una espía del enemigo.”

Pero Vaught no estuvo de todo acuerdo, su cara expresó un leve disgusto. “Ante todo, me repelan conflictos entre amigos. Crear tales conflictos es siempre la estratagema más exitosa de un enemigo, cualquiera que sea. Por favor, no olvide que la sección ha tomado una parte decisiva en el rescate de Seven.”

“Pese a esto, temo que usted tenga prejuicios contra ella.”

“Pero yo temo que usted sea demasiado inclinado en su favor,” prosiguió Vaught.

Aun Tuvok, pese a su control asombroso sobre sí mismo, no pudo evitar que los músculos de su cara se contrajesen, pues sabía que era justo el comentario de Vaught.

Este profundizó el argumento. “Me temo que la tripulación de la Voyager no será muy atenta a los signos sospechosos que Seven podría dar.”

Tuvok cruzó los dedos delante de su rostro. Puso el mentón sobre sus manos plegadas. Pequeñas arrugas se grabaron en su frente. Dejó pasar un rato sin pronunciar una sílaba.

Mientras se callaban, la voz de Kim se elevó: “Deberíamos alcanzar las coordenadas del lugar de encuentro dentro de una hora.”

Pero los dos hombres, enfrentándose, no oyeron la información del alférez.

Finalmente, Tuvok dijo: “Es lógico lo que dice. ¿Qué es que propone?”

“Propongo que la sección 31 instala un grupo de observación a bordo de la Voyager. Pero creo que será mejor que tengamos otras razones para justificar nuestra presencia.”

“No deben contar de antemano con el acuerdo del capitán.”

Vaught se inclinó hacia delante. “No dudo que su opinión pesa mucho con el capitán Chakotay.”

“Así es,” confirmó Tuvok el simple hecho.

“¿Puedo contar con su apoyo?”

“Si él capitán se decidiera contra su proposición, ¿usted creería verse obligado de buscar una solución menos aceptable para Seven y la Voyager?”

Vaught alzó las manos en un gesto de impotencia. “Siempre estamos obligados de adaptar nuestro conducto a las circunstancias.”

Tuvok no necesitó más tiempo para decidirse. “Cuenta con mi apoyo.”

“Gracias,” dijo Vaught.

Las miradas de los dos hombres se volvieron hacia Seven. Aunque no era posible que ella los hubiera escuchado, Tuvok tuvo la impresión que un brillo de astucia se encendió en los ojos de la mujer. Pero quizás se engañó, como el momento fue demasiado corto.

3

Chakotay estaba algo sorprendido cuando Vaught le pidió de alojar un grupo de miembros de la sección secreta a bordo de la Voyager. Primero, por instinto, se negó a la proposición, a pesar de la ayuda decisiva que la sección 31 había prestado en el rescate de Seven.

Pero para él, el papel que la sección jugaba dentro de la Federación era demasiado oscuro para

que hubiese querido involucrarse con ella.

Tuvok, percatándose de la inclinación de su superior, intervino con todo el peso de su función y de la confianza que el capitán tenía en él.

Finalmente, después de un largo trecho de deliberaciones, Vaught y Chakotay firmaron un contrato que reglaba todas las condiciones para la estancia de los miembros de la sección.

En cuanto a Seven, el doctor reunió todos sus recursos para determinar si los borg habían alterado el estado de Seven. Pero aunque no había método de examen que no emplease para analizarla, no pudo detectar ningún cambio. Habría sido imposible tener un médico más determinado de aclarar el estado de la ex-borg.

Era cierto que el doctor no vio ningún cambio corporal, pero notó que el comportamiento de Seven ya no era el mismo que antes.

Su relación amorosa quedaba todavía en su infancia y padecía de todas las enfermedades de la infancia. Ahora Seven se encerraba poco a poco dentro de una coraza de palabras cortas y gestos bruscos. Ella comenzaba a olvidar las citas o las revocaba a última hora. El doctor estaba muy afligido de esto. Si no hubiera sido un holograma, cierto es que su trabajo habría sufrido y sus pacientes habrían sufrido en consecuencia.

Al mismo tiempo, nunca antes los rasgos humanos del doctor se habían demarcado tanto en las subrutinas de su programa.

No perdía su preocupación por sus pacientes, pero se daba cuenta como sus pensamientos siempre regresaban a Seven.

Tom, cuando tenía su chequeo reglamentario, notó el aire distraído del doctor.

De repente, Tom lanzó un grito de dolor. Asustado, el doctor retiró la jeringa que había metido en el cuello de Tom. “¿Le he hecho daño?” Miró la jeringa con algo de asombro, como si no hubiera sido claramente consciente de lo que estaba haciendo.

“No, no se preocupe.” Tom lució una sonrisa. “Es una broma.”

La boca del doctor se torció. “No me gusta mucho su sentido del humor.”

Tom se rió aún un poco, pero después dijo: “De veras, doctor, ¿hay algo que le preocupe? ¿Las cosas no marchan bien con Seven?”

El doctor había vuelto las espaldas a su paciente para que no le traicionase su rostro, delatando como el asunto le tocaba de cerca. Pero bajó la cabeza y los hombros, se sintió demasiado abatido.

Para Tom era evidente que había abordado un tema bastante penoso.

“Vaya, doctor, las disputas son una parte integral de todas las relaciones. De vez en cuando Belanna y yo no podemos aguantarnos. Por cierto no hablaría semanas enteras conmigo si no fuese necesario buscar compromisos por la niña: quién se ocupa cuándo de la pequeña, según las horas de trabajo.”

Tom había adoptado un tono leve y casual, pero evidentemente sabía más de la situación complicada entre el doctor y Seven que quería mostrar. Los cambios en la actitud de Seven eran demasiado pronunciados para poder ser ignorados. Quizás para los tripulantes regulares el cambio no era discernible, pero sus amigos notaban que se mostraba más y más ensimismada y recelosa. El más afectado de la situación era el doctor.

Mientras que se ocupaba con sus instrumentos médicos, su cara apartada, confesó en un hilo de voz: “Cada día Seven se retira más y se abisma más en su trabajo. Apenas puedo verla, y si logro hacerlo, ella parece más bien lastimado del encuentro. Ahora recuerdo sin cesar cuando fue bajo el control del doctor Shaun, cuando me apuntó, cuando me disparó. El sentimiento de traición era

indescriptible. Algo de parecido lo estoy sintiendo actualmente.”

De ordinario Tom era siempre dispuesto a sacar sus amigos con unos pocos chistes de sus pensamientos oscuros. Pero sintió, con una punzada en el pecho, que en este momento cualquier palabra hubiese hecho más daño que bien. Se calló y ofreció este silencio compasivo a su compañero de largos años. También sin decir nada, el doctor se le agradeció, miró brevemente a su paciente a los ojos y continuó el reconocimiento médico.

Cuando Seven terminó su trabajo, el capitán Chakotay se puso en contacto con ella mediante el intercomunicador. Le dijo solamente que quería hablar con ella. En consecuencia, una vez sus tareas arregladas, Seven llegó pronto al despacho del capitán.

Él la recibió con todas las señas de la amistad y del respeto, pero también no tardó en dirigir la conversación sobre el asunto que le preocupaba. Desde el cautiverio de Seven y su puesta en libertad misteriosa, quería llegar a conocer sus pensamientos íntimos acerca de su relación con los borg en el pasado, porque temía que sus ideas hubiesen cambiado.

Chakotay se mostraba muy delicado y se servía de frases ambiguas y muchos otros trucos. Y, de verdad, lentamente, las revelaciones de Seven sobre su estado anterior se volvían más amplias y su estimación de su situación presente más firme. Pero lo que Chakotay escuchaba no podía tranquilizarlo. Cuanto más Seven se enredaba en sus respuestas, más su juicio sobre la tripulación de la Voyager y la Federación se volvía severo, y casi acre.

A un cierto punto de la conversación difícil, Seven dijo, casi sin percatarse de sus propias palabras, como si saltasen del fondo de su alma:

“Después que me separaron del colectivo, las voces cesaron. Ya no escuchaba más los pensamientos en la colmena. Lo que parecí experimentar fue la cosa esa que los hombres llaman el aislamiento, la soledad total. Me sentí arrebatada del colectivo. Fue un momento muy brutal. Quizá fue una violación tal como mi integración en el colectivo borg.”

Chakotay apenas supo como expresar su pena y su asombro. “Pero Seven, ¿que dices? Estábamos a tu lado desde el primer instante. Fue todo nuestro anhelo integrarte en nuestra compañía cuando asumiste tu posición a bordo.”

Seven lo miró detenidamente. Disparó las frases como las salvas de un rifle phaser. “Fue el doctor quien me enseñó todas esas cosas que los otros tripulantes no querían enseñarme. Si el doctor no hubiese sido a mi lado durante todos estos años, nunca habría logrado formar parte de la nave. Los humanos no eran muy cooperativos.”

“Seven,” la advertí Chakotay con un susto. “Estás hablando de los humanos como si no fueras también una humana.”

“¿Quizás, si soy humano de hecho, nunca lo he sido de derecho?” preguntó con una voz casi burlona. “¿No es esto lo que el equipo de la sección intenta probar? ¿No es esto lo que el almirante Stoner afirma? ¿Y si acaso tienen razón?”

“No puedo creer que estoy escuchando esto de tu boca.” Apenas Chakotay se dio cuenta que un rubor febril le subió por las mejillas. Se preguntó si había sido un error no quedarse más cerca de Seven en los últimos tiempos. Tal vez había confiado demasiado en la buena influencia del doctor. Pero trató de disimular su angustia delante de Seven, de calmar sus nervios encendidos.

Ella, entre tanto, continuó su razonamiento peligroso: “Al principio, me negé a integrarme completamente en la humanidad, y puede que este recelo haya sido más inteligente que mi última decisión de hacerme extirpar el dispositivo borg. Al principio, fue más bien apropiado de no hundirme de esta manera en la experiencia humana.”

“Sí,” asintió Chakotay. “Pero a continuación has superado tales dudas, ¿no es cierto? Ahora nada te separa más de la plena experiencia humana.” Resopló y enfocó de nuevo el reproche de Seven

que le tocó más cerca en su posición del capitán de la nave. “Además, no puedo que repetir que te equivocas gravemente. Ya hace muchos años, Seven, muchos años, que te has ganado, en etapas, el respeto de toda la tripulación. Todos aquí te aceptan.”

“Es irrelevante,” repuso Seven amargamente. “El almirante Stoner me ha mostrado como la gente me percibe fuera de esta nave. Ella no refleja la realidad de la Federación.”

Chakotay habría querido enviar al almirante Stoner a todos los demonios. Rechinó los dientes y murmuró algunas imprecaciones contra el almirante y sus adeptos dentro de la Flota Estelar.

“Pero aun así,” añadió Seven, muy pensativa, “aun cuando me hallo en esta nave, siento que aquí no tengo mi origen.”

Chakotay hizo un esfuerzo para conjurar una sonrisa sobre su cara. “No hay nadie quien tenga aquí su origen. Yo soy un Maqui, como sabes. Para reunirnos aquí, venimos todos de otros lugares. Como tú, Seven. Annika.” Chakotay se sirvió del nombre natal de Seven para que ella recordase que tenía sus raíces en la humanidad.

Pero llamándola así no produjo ningún efecto. Seven se puso en sus pies y se acercó a la ventana del despacho. Con la cabeza ligeramente ladeada, contempló el desfile de las estrellas parpadeantes. Fue imposible para Chakotay averiguar en qué podía pensar. Pero jamás habría esperado lo que Seven le dijo luego:

“Quizás los borg no son los depredadores que siembran el terror a través del universo. Quizás el único mal que me hiciesen fue de rechazarme porque no querían aceptarme más.”

Chakotay no pudo creer lo que acababa de oír. Casi pensó que estaba soñando. ¿Cómo era posible que Seven le dijese algo tan raro? ¿Tal vez interpretaba mal el verdadero sentido de sus palabras?

“Seven, ahora hablas como una insensata,” gruñó. “Tu libertad no fue la obra de los borg. Ella es parte de tu biografía humana, es el comienzo de ella y su continuación natural tras una interrupción violenta. Tu biografía fue interrumpido cuando los borg violaron tu espíritu, cuando te arrebataron tu humanidad. Pero la humanidad es algo que crece durante toda la vida, no es nada que se dé una vez por todo, ni nada que se pierda una vez por todo. Al contrario, pasa por grandes transformaciones.”

Seven frunció el ceño. “Carece de lógica lo que estas diciendo.”

Un suspiro se escapó de los labios de Chakotay. Buscó un ejemplo más concreto. Finalmente dijo:

“Hoy soy un hombre mucho diferente de lo que fue unos pocos años antes. Cuando Kathryn me hizo ingresar en la tripulación, me temo que mi lealtad no haya sido tan absoluto como quiero ahora que hubiera sido. De mis años entre los maquis todavía me asaltan recuerdos de los cuales no puedo enorgullecerme. ¿Pero qué quieres que haga? ¿Debo condenarme sin cesar por mis opiniones antiguas? ¿No me será nunca permitido avanzar? Si yo hubiera hecho lo que tu actitud presente sugiere, no habría jamás emprendido este viaje del espíritu, esta transformación en un hombre de estatura mayor, con unas convicciones mejor informadas y mucho más firmes.” Chakotay no se percató como fue arrastrado por la energía de sus propias palabras. “¿Cómo avanzar hacia la perfección si te condenas a quedar en mitad del camino? ¿No es esto lo que los borg quieren encontrar, la perfección?”

Una sonrisa misteriosa asomó en el rostro de Seven. “¿Crees también que debería todavía aspirar a la meta borg?”

“¡No!” exclamó Chakotay. Levantó una mano a su frente y cerró los párpados. De esta discusión no saldría nada de bueno. Ella no cesaba de dar un sentido falso a sus palabras y de ponerle en la boca unas ideas que nunca había pronunciado.

Se quitó la mano de la cara, la miró con bastante dureza y se apresuró a despedirla.

Ahora estaba decidido. Aprobaría la petición que la sección le había sometido algunas horas

antes. Ahora con menos escrúpulos. De verdad, una investigación más profunda sobre el estado de Seven era una necesidad por la seguridad de la nave. Además, aprobando el empleo de los métodos de la sección, atendería también el consejo de Kathryn. Ella, cosa rara, no había vacilado un solo instante antes de acceder al propósito de Vaught. Chakotay no estaba más seguro si pudiese confiar en su propia estimación de la situación, porque se sentía todavía demasiado cerca de Seven, emocionalmente. Por cierto, sería preferible que cediese el asunto completamente a Kathryn. Suspiró y dio de nuevo gracias a los dioses de sus ancestros por la estancia de Kathryn en la Voyager en este tiempo tan crítico.

4

“Hágame el favor de explicarme las razones por su decisión,” dijo Janeway. Aparentemente, le extrañaba la negativa de Seven.

No se hallaban a solas, algunos oficiales de la Voyager participaban a la discusión. Los hombres de la sección, aunque también presentes, parecían preferir no intervenir directamente. Se callaban y observaban el desarrollo de la escena. Una vez el mapa del cubo madre obtenido, Vaught había quitado la Voyager para ocuparse de sus trabajos en la sección, fuesen cuales fuesen. Sin su jefe autoritario, el equipo se mostraba muy reservado.

Seven tomó aliento y dijo enérgicamente: “Estoy harta de las acusaciones incesantes. Podría hacer todo lo posible, jamás sería bastante. He arriesgado mi vida incontables veces, pero ahora todos se han olvidado de esto. Ninguno se acuerda de los sacrificios que he hecho por la tripulación. Al contrario, siempre me acusan. Basta un cualquier accidente para que las sospechas recobren fuerza. ¿Cuánto más tengo que hacer antes que sea aceptada a bordo?”

Estas pocas frases hicieron un gran efecto en la sala. Muchos se sintieron avergonzados y esquivaron la mirada flameante de Seven. Ella subrayó: “¿Cuándo se me permitirá de deshacerme de la imagen de la borg eternamente peligrosa?”

El doctor estaba tan alborotado que no podía hacer un gesto, ni siquiera mover un centímetro de su cuerpo de holograma. Estaba petrificado como una estatua.

Chakotay pudo romper los lazos de la estupefacción. “Seven, no digas disparates. Toda la tripulación te apoya. Solo las personas que no te conocen pueden dudar de tu lealtad.” Con esto, miró algo severo a los hombres de la sección.

Pero ellos siguieron su línea de conducto y se callaron.

Los ojos de otros tripulantes chispearon y pese a su obediencia completa a Janeway, estaban a punto de apoyar a Seven y de denunciar las exigencias de la sección.

Pero la voz del almirante se interpuso con autoridad: “Comprendo las inquietudes de la sección. Seven, a mis oídos sus argumentos suenan muy injustos. La tripulación entera le sostiene. Hace años, cuando usted subió a bordo por primera vez, no niego que la tripulación se mostraba muy recalcitrante. Pero ya desde años está aceptada e integrada por completo. Ninguno se atrevería a poner en tela de juicio los motivos de sus actos. Bien sabido es que su lealtad es inquebrantable.”

Pero el almirante no se paró en este punto. Pues, cambiando de repente de expresión, agregó en voz incisiva: “Aunque mi confianza en usted es absoluta, no puedo concederle un tratamiento especial. Le pido meterse en mi posición y la posición del capitán Chakotay. Figúrese que un tripulante desaparezca dentro de un cubo borg, que sus compañeros hayan visto como fue arrastrado y cautivado por los borg. Poco después, el tripulante reaparece sin un solo rasguño y sin acordarse

de nada. ¿No haría usted todo lo posible para averiguar qué le ha pasado?”

El argumento era contundente y muchos de los presentes asintieron silenciosamente con la cabeza.

Pero Seven no se mostró convencida: “Si el tripulante reaparece ileso, sin haber sufrido ningún cambio que un médico pueda encontrar, yo concluiría que le ha pasado nada. Esto es lógico, lo demás sería pura especulación.”

“No,” dijo Tuvok. “Es lógico suponer que ninguno pasa por las manos de los borg sin daño, considerando todo que sabemos de ellos.”

Seven le echó una mirada indescifrable. Dijo muy fríamente, casi arrogante: “Desgraciadamente, no tengo la misma concepción de la lógica.”

“Seven,” repuso Tuvok, “fíjese bien en lo que el almirante acaba de decir. Usted actuaría igual, y sin la consideración que ella demuestra ahora por usted. Usted opina que la investigación de la sección es un tratamiento discriminatorio. Pero el inverso es la verdad. Si el almirante no le hiciese subir esta investigación, le favorecería, le trataría de una forma diferente, solamente debido a su pasado. Pero es el tratamiento diferente que usted aborrece, según dice.”

Seven esbozó una sonrisa casi burlona. “Todo comportamiento puede ser representado como lógico cuando se buscan razones para justificarlo. Pero eso no cambia la realidad que estoy siempre en la mira de sospechas irracionales. Que la Voyager me vende ahora a la sección obedece a la lógica de tales sospechas. Todo esto me hace recordar mi encuentro con el almirante Stoner.”

Mientras Seven hablaba, los ojos de Janeway se cerraban poco a poco. Ahora se incorporó enérgicamente, como si no pudiese contenerse más. “No olvide que fuimos nosotros quienes le rescataron de Stoner. No olvide quienes son sus amigos. Creo que no estoy obligada de soportar más estas acusaciones. Con el permiso del capitán, doy por terminado la reunión.” Janeway se volvió hacia Chakotay. Él esbozó un leve gesto con la mano, significando: “Pues, adelante.”

El almirante se enderezó y anunció: “La decisión está hecha ya. La sección aplicará su examen psicológico a Seven, bajo el control del doctor.”

En este momento, no fue sólo el doctor quien se quedó petrificado. Incluso la gente que se sentía dispuesta a salir en defensa de Seven consideraba muy extraño su rechazo total de todo compromiso. Algunas miradas rápidas se volvieron hacia el doctor. Todavía no había mostrado ninguna reacción. Pero la reacción que todos aguantaban no sobrevino. Algunos de los presentes habrían querido taparse las orejas, para no oír el enfrentamiento entre el doctor y el almirante. Sin embargo, el doctor no abrió la boca.

Seven también se calló. No habría sido posible interpretar los rasgos glaciales de su rostro.

“Se ha terminado la reunión,” repitió Janeway. Estas palabras derritieron la inercia que había caído sobre la sala. Algunos oficiales se iban lentamente hacia las puertas.

Tom avanzó hacia el doctor y le apretó el codo. “Oiga, doctor. Debe retornar a su puesto. Quizás sus pacientes le necesitan ahora mismo.”

“Sí, sí,” contestó el doctor confusamente.

Y se dejó conducir por Tom. Fue una imagen lastimosa.

Al fin, no quedaban en la sala sino Seven, Janeway, Rial Elbrun y los hombres de la sección. Los presentes reconocían con pesadumbre que Seven nunca había parecido más a una borg.

“Espero que no sea obligada de ordenarle que cumpla con las expectativas de la sección,” dijo Janeway. Después, salió de la sala con Tuvok.

Elbrun, el jefe de seguridad, fue el solo miembro de la tripulación quien se quedaba. Concentró su mirada en Seven. Con movimientos maquinales, ella se levantó de la silla y se dirigió al kylesiano:

“Puede llevarme a los exámenes.”

Los labios de Elbrun formaban un hilo estrecho que no se abrió sino para pronunciar ásperamente: “No se ponga ridícula.”

Con un gesto de la mano, invitó a los hombres a seguirlo, sin mirar atrás. Seven lo siguió también.

Ya era muy tarde cuando sonó el panel intercomunicador de Janeway. Se dejó caer en su asiento y pulsó el botón para establecer la comunicación.

“Señor Vaught,” declaró, pero sin mostrar el más leve signo de sorpresa.

Él interpretó correctamente el son de su voz. “¿Ha esperado esta llamada?”

“Todo el día. Desde el momento que comenzaron los procesos diagnósticos con Seven. Dejémosnos de preámbulos. Hábleme de resultados, por favor.”

Vaught se pasó la mano por encima del rostro y Janeway advirtió que tenía ojeras profundas. “Es algo sorprendente lo que voy a decirle,” anunció. “Pues no hemos encontrado nada. Nada de nada.”

Janeway mostró una cara de asombro total. Exclamó: “¿Pero qué podemos hacer?”

“No podemos sino continuar a examinar a Seven.”

A Kathryn le costó un esfuerzo para suprimir la sonrisa sarcástica. “Seven no se prestará a otros exámenes.”

“Sí,” él asintió. “Y el espectáculo que ya ha hecho le ayudará ahora a sustraerse a otras exigencias.”

“Entonces, ¿supone que ella sabía que no encontraríamos nada?” Janeway arqueó las cejas.

“Sin lugar de duda. Ahora está intocable. Se resistió con mucha vehemencia a estos primeros exámenes. Ahora que no hemos dado con nada, todo el mundo creerá que su resistencia radicaba en su inocencia ultrajada por el tratamiento discriminatorio por su pasado borg.”

Janeway se frotó la barbilla. “Sí, una vez hechos públicos los resultados de los exámenes, la tripulación se opondrá a toda otra intervención de la sección. Las manos de Chakotay están atadas. Estoy convencida que el capitán de una nave tiene mucho menos influencia que se cree comúnmente. La autoridad de un capitán se desploma sin el apoyo moral de la tripulación. Ni él ni yo podemos hacer más.”

“No se preocupe” dijo Vaught. “No haremos más exámenes. Enviaremos unos especialistas psicológicos que examinarán a Seven a todas horas. Confío en que mis hombres pueden tener acceso a las cámaras de la nave.”

“Sí,” replicó Janeway, “Pero no espere que Chakotay ordene instalar cámaras secretas en los cuartos de Seven.”

Una pequeña sonrisa brotó en los labios de Vaught. “De acuerdo. Le enviaré los resultados exactos del diagnóstico dentro de una hora. Por lo demás, le contactaré siempre que tengamos nuevas informaciones. Y regresaré a la Voyager cuando estemos preparados para empezar la segunda etapa de nuestro plan.”